

De Sarajevo a Sarajevo

Charles Gati

De Gdansk en el Báltico a Dubrovnik en el Adriático, de Praga, en el corazón del Viejo Continente, a Sofía, cerca del límite oriental de Europa, la libertad ha llegado a Europa central y del Este: libertad de asociación, libertad de prensa y libertad religiosa. En toda la región ya existen Gobiernos elegidos por votación.

Lamentablemente, aunque resulte comprensible, lo que atrae mayor atención es el feo envés de la transición hacia la democracia: la guerra, la fragmentación política y la desesperación económica. En vez de diálogo y debate, encontramos demagogia. En vez de consenso encontramos contiendas y enfrentamientos. En vez de nuevos Gobiernos que adopten, respecto al pasado comunista, una política de perdonar-pero-no-olvidar con el fin de poder llevar a cabo las tareas pendientes, encontramos fuentes misteriosas que filtran listas manipuladas de inspiración política de ex agentes, informadores y colaboradores. En la actualidad se dan incluso indicios de nostalgia por el orden autoritario de los últimos años, sobre todo en países en los que los regímenes comunistas eran relativamente suaves, como Polonia y Hungría.

Los principales interrogantes siguen siendo los mismos desde 1989: ¿Se sostendrán y perdurarán las frágiles democracias de Europa central y del Este? ¿Se estabilizarán lo suficiente como para entrar a formar parte del orden político y económico europeo? El hecho de que, en la actualidad, la guerra esté destrozando Yugoslavia ensombrece estos interrogantes y exacerba los problemas de la transición hacia la democracia. En este momento las cuestiones más apremiantes, aunque relacionadas con aquéllas, son las repercusiones e implicaciones internacionales de la guerra: ¿Es esto un presagio del inicio de la balcanización de Europa del Este y, posiblemente, de Occidente? Si es así, ¿requieren los intereses de Norteamérica y Europa occidental un compromiso de Occidente más activo y oportuno destinado no sólo a

Charles Gati es profesor de Ciencias Políticas en el Union College, EE. UU. Autor de *Hungary and the Soviet Bloc*, *The Bloc That Failed*, y *The Hungarian Revolution and the Murder of Imre Nagy* de próxima publicación.

evitar la proliferación de pequeñas guerras sino también a moderar la creciente inestabilidad de la región?

Los horrores de Sarajevo durante 1992 presentan escaso parecido con los sucesos que siguieron a Sarajevo en 1914, pero la caída del comunismo ha reavivado antiguas disputas políticas tan antagónicas y apasionadas como siempre. Surgen de las presiones y tensiones de la propia era comunista liberadas de repente, del recuerdo de la destrucción y los trastornos que tuvieron lugar durante y después de la Segunda Guerra mundial y de las injusticias explícitas e implícitas impuestas por los asentamientos territoriales que se produjeron después de la Primera Guerra mundial. Estas pasiones –perdurable legado histórico del siglo XX– que frenan, si no anulan, el impulso democrático de la región, limitan el ritmo y definen la esencia de la transformación poscomunista.

Debido principalmente al poderoso y duradero impacto de la cultura política comunista, el camino de Europa central y del Este hacia la democracia no sólo está lleno de baches sino también de largos rodeos que podrían conducir a callejones sin salida. En eso lo están convirtiendo las esperanzas populares de prosperidad nada realistas y, en general, la identificación tan generalizada de la democracia con el bienestar económico. Pocas personas de la zona comprenden, y aún muchas menos aceptan, la idea de que la democracia no es sino un vehículo para tomar parte en unas elecciones; que las democracias, a diferencia de los sistemas comunistas, basan su legitimidad más en el respeto hacia unos procedimientos constitucionales adecuados que en el rendimiento económico.

Para aquellos que se han educado en una cultura política comunista, la distinción entre hacer entrega de los bienes y defender la santidad del proceso a menudo se pierde, o carece por completo de importancia. Por consiguiente, si culpan a la democracia y no sólo a sus actuales Gobiernos de las dificultades económicas, podría volver a presentarse el síndrome de Weimar, que implicaría que la gente se apartaría de todo aquello que significa la libertad y volverían a abrazar el gobierno autoritario, transformando su desencanto con respecto al funcionamiento de la democracia en un rechazo a la democracia en sí. Otra posibilidad –algo que ya está sucediendo en Polonia– es una recurrencia de estilo italiano, que significaría que la gente continuaría optando por la democracia pero elegiría gobiernos inestables, en constante cambio y, por consiguiente, experimentaría una prolongada crisis política. No obstante, el resultado más probable está a medio camino entre el modelo Weimar y el italiano: la proliferación de regímenes semiautoritarios disfrazados de democracia (como sucede en Rumania en la actualidad).

Entre aquellos que posiblemente pesquen en río revuelto en los años venideros estarán los antiguos miembros del partido comunista. En los países en los que se presentan como socialdemócratas, que es en lo que se han convertido muchos de ellos, permanecen ahora inactivos, incluso complacientes, pero son numerosos. Aproximadamente una cuarta parte de la población adulta actual de la región perteneció a un partido comunista en algún momento desde 1945. Es posible que los primeros miembros se unieran al partido por idealismo; los que les siguieron eran a menudo oportunistas en busca de poder y privilegios. Hoy en día, los antiguos miembros del partido, ya sean creyentes u oportunistas, son sospechosos. Pocos han perdido sus empleos, pero muchos esperan perderlos, porque suponen qué en el actual clima político sus carreras pronto llegarán a su fin. Sólo los que poseen habilidades comerciales en el sector privado salen adelante, y ganan más dinero que nunca, pero echan de menos la posición social y el prestigio de que gozaban los miembros de la vieja élite política y económica.

Salvo en Serbia, Croacia, Rumania y Eslovaquia, donde ostentan el poder comunistas que se hacen pasar por nacionalistas, en el resto de la región los antiguos miembros del partido ocupan cargos de nivel medio en la prensa y en las burocracias estatales, incluidos los ministerios potencialmente críticos de defensa y del interior. Estos funcionarios y profesionales constituyen un amplio sector de la clase media de la región, frustrada, apática y a menudo desorientada. Arrojan una gran sombra sobre los procesos de transformación democrática, no por lo que hacen en este momento, sino porque no está nada claro lo que podrían hacer o harían en un momento de crisis del sistema nacida de los grandes enfrentamientos internos, de los conflictos entre regiones o de los estallidos de violencia a gran escala en la antigua Unión Soviética.

El pasado comunista se pone de manifiesto además en los desmesurados ataques personales que se expresan en las asambleas legislativas de la región y que se publican en la prensa. Los que hacen las acusaciones no son veteranos demócratas anticomunistas de toda la vida, ni tampoco –salvo algunas excepciones– suelen ser destacados comunistas el blanco de tales acusaciones. Por el contrario, los que lanzan las acusaciones más absurdas y las insinuaciones más repulsivas son demagogos populistas de antecedentes cuestionables que no se dieron a conocer por sus puntos de vista políticos de oposición o por sus actividades durante la era comunista. Para compensar su aquiescencia durante el viejo orden, estos *McCarthyites* de Europa central y del Este ahora revuelven el pasado de sus actuales rivales políticos en busca de pruebas de colaboración con los comunistas.

Por eso Lech Walesa, corazón y alma del movimiento Solidaridad que derrocó el régimen comunista polaco, ha sido acusado públicamente de tener contactos con la vieja policía secreta e inmediatamente rechazado incluso por sus compañeros de rebeldía en el último congreso del sindicato. Por eso Václav Havel, héroe de la “revolución de terciopelo” de Checoslovaquia, ha sido objeto de rumores persistentes acerca de su pasado. La actual atmósfera de temeridad ha dejado descorazonados y disgustados a los líderes de la oposición democrática anterior a 1989; algunos se han retirado del ruedo político, otros no han sido reelegidos. Como siempre, la revolución devora a sus propios lujos.

Es posible que las mentiras e insinuaciones que han salido a la luz se asemejen a las acusaciones que se hacen durante las campañas electorales acaloradas y muy reñidas en muchos países occidentales. La diferencia está en que en Europa central y del Este prácticamente todo el mundo, excepto los que son muy jóvenes, tiene cicatrices políticas y es por tanto vulnerable; pocos cuentan con credenciales impecables. ¿No se podría decir que el contable jefe de una de esas tan odiadas granjas colectivas, que realizaba su trabajo a conciencia, “respaldaba” el comunismo? ¿No “sirvió” al sistema el director de un museo, que aceptó un premio que le concedió el Estado de manos de un ministro de cultura comunista por su fiel servicio? ¿Y el becario que informaba al llamado departamento internacional de la academia de las ciencias sobre sus viajes al extranjero y, de este modo, mantenía informada a la policía, con el fin de asegurarse futuras asociaciones profesionales con colegas occidentales, no “persuadió y ayudó” al régimen y comprometió su integridad?

El hecho es que, aparte de Polonia, no más de unos cuantos cientos de personas en toda Europa central y del Este se enfrentaron de manera activa a la tiranía en los años anteriores a 1989. Es posible que los que se quedaron al margen se hayan comportado de manera apática, fatalista, cauta, tímida, calculadora o temerosa pero, en su mayoría, eran personas decentes. El escritor polaco Kazimierz Brandys resumió en un fragmento memorable el escalofriante dilema al que se enfrentan los que han tenido la mala suerte de vivir bajo un régimen comunista: “En cierta ocasión, se pidió a dos intelectuales –un científico y un director de cine– que firmaran una protesta”, cuenta Brandys. “Uno de ellos se negó: «No puedo. Tengo un rojo». El otro destapó su bolígrafo: «Tengo que firmar porque tengo un hijo»¹. Havel explicó las consecuencias de esta forma: “Todos nos hemos acostumbrado al sistema totalitario... Ninguno de nosotros es sólo una víctima; todos somos responsables de ello”².

Dado que el legado psicológico del comunismo es, por consiguiente, un entorno contaminado por la culpa y la sospecha, y dado que el ruedo político está sobrecargado de ambición, la condición *sine qua non* para la democracia –la tolerancia– está prácticamente ausente. Esta es la razón por la que las asambleas legislativas de la región debieran adoptar un nuevo planteamiento, perdonar pero no olvidar, que curaría viejas heridas y, por tanto, mitigaría los problemas de la transición. Por la misma razón, los guardianes populistas de la probidad deberían superar la mentalidad política maniquea de que el comunismo es una herencia –mentalidad que aseguran desdeñar pero que, irónicamente, exhiben en la práctica– y empezar a tratar a sus rivales como oponentes en vez de como enemigos.

Las consecuencias de la Segunda Guerra mundial y, sobre todo, de la Primera Guerra mundial, obstruyen de manera más tangible los procesos de transición. La guerra civil de Yugoslavia es el ejemplo obvio; pero la dolorosa, si bien hasta ahora pacífica, separación de los checos y los eslovacos nos recuerda que la experiencia yugoslava no es en absoluto única. Aunque las fronteras internacionales no han cambiado, existe un interés cada vez mayor en revisarlas de modo que se correspondan de manera más precisa con los rasgos étnicos y lingüísticos. Rumania ya había propuesto un “tratado de fraternidad e integración” con Moldavia, en la actualidad una república soberana destrozada por la guerra con una mayoría de habla rumana, que rechazó la oferta. Los albaneses sueñan con la Gran Albania de la época de la Segunda Guerra mundial que incluiría a la actual provincia serbia de Kosovo con un 90 por cien de población albanesa y únicamente un 10 por cien de población serbia y montenegrina. El primer ministro húngaro ha observado que los territorios que su país perdió en favor de Yugoslavia después de la conferencia de paz de París de 1919-20 se cedieron a un Estado que ya no existe, y ha planteado con ello una cuestión en apariencia sutil si bien potencialmente ominosa.

Las cuestiones que son motivo de división tienen su origen en la caída de cuatro imperios –otomano, ruso, alemán y austro-húngaro– al final de la Primera Guerra mundial, y en los posteriores asentamientos territoriales que dieron lugar a las dos nuevas naciones de Yugoslavia y Checoslovaquia, revisaron las fronteras de otros tantos y devolvieron la soberanía a Polonia. Los principios que preocupaban a los artífices de la paz, sobre todo al presidente Wilson, eran la justicia étnica para los pueblos de Europa central y del Este y, en menor medida, la reducción de la posibilidad de una guerra entre Alemania y Rusia. La presión por alcanzar la justicia étnica y la autodeterminación siguió a un siglo de nacionalismo en Europa, y se aceleró en el transcurso de la Primera

Guerra mundial, sobre todo en los Balcanes. El hecho de que las nuevas naciones, al igual que los imperios a los que suplantaron, comprendían además una serie de minorías antagónicas, y el hecho de que las nuevas naciones fueran demasiado débiles para enfrentarse más adelante a Alemania o a Rusia, se consideraron graves problemas pero se dejaron sin resolver. La tarea principal de los artífices de la paz consistía en tratar los asuntos espinosos del pasado y del presente en vez de anticipar los que podrían surgir en el futuro.

De este modo se diseñó Yugoslavia partiendo de los Estados ya independientes de Serbia y Montenegro; de las antiguamente austro-húngaras Eslovenia, Istria, Dalmacia, Croacia-Eslavonia, Vojvodina y Bosnia-Herzegovina; y de la que una vez fuera la Macedonia otomana. No obstante, los pueblos del nuevo reino yugoslavo –cuyo Estado no era más homogéneo que los imperios a los que sustituía–, fragmentados por diferencias regionales, económicas, culturales, lingüísticas y religiosas que prevalecieron tanto en el seno de estas comunidades como entre ellas, acogieron positivamente la retirada de los poderes imperiales.

En lo que respecta a Checoslovaquia, el otro recién llegado y una entidad al parecer más viable, estaba constituida por los territorios checos tradicionales de Bohemia y Moravia que habían estado bajo control austríaco; por Eslovaquia y Rutenia que habían pertenecido a Hungría durante mil años; y por una pequeña parte de Silesia con una población en su mayoría de habla polaca. Desde el principio, Checoslovaquia fue víctima de luchas étnicas divisivas que terminarían por contribuir a su desmembramiento. El trágico final de la discordia checo-alemana en los Sudetes, una zona étnicamente alemana en Bohemia y Moravia, fue el Acuerdo de Munich de 1938 que asignó los Sudetes a Alemania. Ese mismo año, Hungría, ayudada por la diplomacia alemana e italiana, recuperó algunas de las zonas con mayor número de población húngara de la parte sur de Eslovaquia y Rutenia. En marzo de 1939, después de que lo que quedaba de Eslovaquia se declarara independiente, Checoslovaquia –orgullo de los artífices de la paz de París– dejó de serlo.

Polonia, después de haber sido dividida repetidas veces por Prusia, Austria y Rusia, resurgió como el Estado más grande de Europa central y del Este en 1918, aunque algunas de sus fronteras no se establecieron hasta 1922. Dado que dos tercios de su población eran polacos y católicos, los problemas étnicos del país con las minorías de ucranios-rutenios, judíos, alemanes y bielorrusos eran graves, pero no tan preocupantes como su inquietud por la seguridad de sus fronteras. Los recuerdos de la soberanía sucesivamente perdida y ganada a lo largo de su historia milenaria, mezclados con el temor a la venganza por parte de

Alemania y de Rusia, hicieron a Polonia un tanto aprensiva y vulnerable. Sus temores se convirtieron en una pesadilla en 1939 cuando, al experimentar una nueva partición (la cuarta), el país fue absorbido por los ejércitos invasores de la Alemania nazi y la Rusia soviética.

A diferencia de Yugoslavia y Checoslovaquia, que se crearon en París, y a diferencia de Polonia, a quien le fue restaurada la soberanía después de la Primera Guerra mundial, Rumania se benefició de la conferencia de paz al ver agrandado su territorio y su población de antes de la guerra. La Gran Rumania, que ahora duplicaba con creces el área que tenía bajo su control, estaba formada por la unión de fragmentos de Hungría, que le había cedido Transilvania; Austria, que había renunciado a Bucovina; Rusia, que le había devuelto Besarabia (parte de la cual pertenece hoy en día a Moldova) y Bulgaria, que le había cedido el sur de Dobruja. Dado que dos tercios de su población estaban constituidos por individuos de etnia rumana, la integración del país ofrecía, al parecer, una perspectiva más prometedora y una tarea un tanto menos compleja que la de la fragmentada Yugoslavia. Sin embargo, las quejas persistentes por parte de Hungría sobre las presiones asimilatorias de Rumania con respecto a la significativa minoría húngara de Transilvania y las fuertes réplicas de Rumanía acerca de la intervención húngara en sus asuntos internos impidieron, desde el principio, que se pudiera alcanzar el objetivo de integración. En 1940, Hungría, apoyada por Alemania e Italia, recuperó, y mantuvo durante la guerra, gran parte de Transilvania, que luego le fue devuelta a Rumania en 1945. La desconfianza y el antagonismo tradicionales entre los dos países aún no han disminuido.

Los beneficiarios –Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia y Rumania– tuvieron pocos motivos de celebración; su victoria fue más bien agridulce. A lo largo del período de entreguerras su seguridad fue precaria, su paz interna inestable. Mientras que Austria, dispuesta a entrar a formar parte de Alemania, encajó con bastante estilo la pérdida del imperio, Hungría, y en menor medida Bulgaria, presionaron cuanto pudieron para lograr que se llevara a cabo una revisión detallada de los tratados de paz de París.

Hungría justificó sus reivindicaciones arguyendo que había sufrido pérdidas que resultaban ciertamente excesivas, no sólo en términos absolutos, sino también en comparación con las del principal causante de la Primera Guerra mundial, Alemania. Conforme a los cálculos de Occidente más que a los de Hungría (porque ésta incluía además la pérdida de Croacia-Eslavonia), a Hungría le quedó únicamente un tercio de su antiguo territorio y dos quintas partes de su población, con lo que se convirtió en un Estado ridículo, más pequeño que cualquiera de los territorios que había cedido a Rumania³. Más de la mitad de los 3,5

millones de individuos de raza húngara a los que se había separado de su tierra natal vivían en zonas contiguas a Hungría. En comparación, las pérdidas de Bulgaria fueron modestas –menos de un diez por cien de su territorio de antes de la guerra– pero su imposibilidad de acceder al mar Egeo y el coste de las reparaciones dieron lugar a considerables apuros económicos y a un clima político tormentoso. Varios grupos y partidos de irredentistas, indignados sobre todo por la controvertida cesión de parte de Macedonia a Yugoslavia, lograron que este asunto dominara la vida política de la Bulgaria del período de entreguerras.

Occidente recibió multitud de reivindicaciones, contrarrevindicaciones, debates e impugnaciones, con indiferencia rayana en el desdén. Las observaciones de que estos débiles y pequeños Estados no eran sino blancos tentadores para la penetración alemana y rusa se tomaron bastante a la ligera; y las propuestas para crear una confederación o una federación de países de Europa central y del Este para templar los conflictos internos regionales no obtuvieron ningún apoyo occidental. En 1920, el historiador británico E.H. Carr expresó el consenso tácito cuando advirtió a un grupo de embajadores occidentales que “no se tomaran las nuevas naciones de Europa demasiado en serio” porque sus asuntos “pertenecen a la esfera de la farsa”⁴.

Ahora, con más de 20.000 personas muertas en la antigua Yugoslavia, y con más de dos millones de personas sin hogar, la farsa que nunca fue debe ser vista como la tragedia que siempre ha sido. En efecto, cuando los viejos odios y las enemistades ancestrales son tan evidentes, parece que pocas cosas importantes han cambiado. Los mundos de Sarajevo 1992 y Sarajevo 1914 padecen la misma enfermedad.

Uno se pregunta quién tendrá tan mala fortuna como para ser el siguiente en la lista serbia de víctimas: ¿los albaneses de Kosovo o los húngaros de Vojvodina? ¿Cuánto territorio adicional hará falta para satisfacer a Croacia? Más al norte, ¿podrán los checos y los eslovacos consumir su divorcio sin una lucha? Sin la restricción de Praga, ¿aprenderán alguna vez los fervientes nacionalistas eslovacos a vivir en paz con su amplia minoría húngara? Es triste decirlo, pero los desgarradores problemas étnicos que el pasado ha legado a las frágiles democracias de la región son tan insolubles como destructivas sus consecuencias para la estabilidad europea.

Hay al menos tres tendencias y circunstancias económicas que la historia ha traspasado a los países de Europa central y del Este y que agravan aún más los problemas de la transición.

La primera es el atraso relativo de la región en cuanto a desarrollo, especialmente en el sureste. Estas zonas han estado casi siempre en la periferia económica de Europa, y su condición apenas ha variado unas

cuantas veces, bajo líderes políticos de elevadas miras. Durante las décadas de 1880 y 1890, por ejemplo, varios países del imperio austro-húngaro vivieron un largo período –una edad de oro– de rápida industrialización, urbanización y modernización que elevó los medios de comunicación y transporte de la región, así como sus tasas de alfabetización y las instituciones de educación superior, a un nivel cercano al de Europa occidental.

Debido al fervor irredentista y al ascenso del fascismo, combinados con las consecuencias de la *Gran Depresión*, esa esperanzadora tendencia se vio invertida durante el período de entreguerras. El clima político y económico generado por los regímenes autoritarios o semiautoritarios de la región era hostil hacia las empresas y discriminatorio para la mayoría de los inversores extranjeros. Una vez más, Europa central y del Este volvía a encontrarse en la periferia –pero una vez más había una excepción–. Gracias al Gobierno democrático de Checoslovaquia, Bohemia y Moravia pudieron desafiar la tendencia predominante de declive económico. Hasta mediados de la década de 1930, bajo el espectro de la Alemania nazi, lograron mantenerse a la altura de las vecinas Austria y Alemania.

Aunque el estar estancado en la periferia económica de Europa fue casi siempre un hecho cotidiano y un problema, nunca fue algo tan ampliamente reconocido ni tan agudamente sentido como en la actualidad. Ahora, decenas de millones de personas pueden ver la televisión occidental y millones viajan al extranjero, donde constatan por primera vez el contraste entre la prosperidad occidental y el atraso del Este y se preguntan el porqué de esta diferencia. Sin negar el oneroso legado de más de cuatro décadas de política económica comunista, se preguntan por qué el declive económico de la región se ha acelerado y la distancia entre el Este y Occidente se ha hecho mayor, a raíz de la caída de los regímenes comunistas. ¿Será que los nuevos regímenes a los que han alzado al poder, a excepción de la región checa, no apoyan lo suficiente a la empresa privada? Aunque la reciente experiencia de haber observado de primera mano los logros occidentales no cambia el hecho del atraso económico, sí que podría provocar presión a favor de un orden político más liberal que ayudara a la región a emerger y salir de la periferia.

La segunda circunstancia económica –consecuencia combinada del fascismo en los años de entreguerras, la Segunda Guerra mundial y la era comunista– es la debilidad de la clase media de profesionales y empresarios de la región, que antes incluía a un gran número de judíos y alemanes étnicos. Durante la época dorada de finales del siglo XIX y

principios del XX estos empresarios desempeñaron un papel activo e incluso crítico a la hora de acercar países como Polonia y Hungría a las normas de Europa occidental. A los judíos, por ejemplo, se les permitió progresar y destacar en los negocios, las finanzas, la medicina, el periodismo y las ciencias sociales que empezaban a surgir por aquella época.

Ya no están ahí para seguir desempeñando ese papel. Decenas de miles de judíos con formación o ricos se fueron a Occidente en la década de 1930, dejando atrás a millones que perecerían en el Holocausto. Después de la Primera Guerra mundial, todos los alemanes étnicos, incluidos brillantes empresarios, especialistas agrícolas y granjeros, fueron acusados de colaborar con los nazis y expulsados de su patria en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Finalmente, la mayoría de los judíos de Europa central y del Este que sobrevivió al Holocausto se trasladó desde entonces a Occidente o se instaló en Israel huyendo del comunismo.

Ahora hay una apremiante necesidad de una nueva clase empresarial. Las escuelas de negocios promovidos y financiadas por occidentales pueden compensar esa carencia, y hasta cierto punto ya lo están haciendo. No obstante, a juzgar por el pasado, sólo un entorno político tranquilo, libre de discriminación étnica y religiosa, incitaría a las personas con talento, independientemente de que pertenezcan o no a un grupo minoritario, a quedarse en sus países (en lugar de emigrar), y proporcionar un liderazgo profesional al proceso de transformación en marcha.

Por supuesto, la tercera circunstancia es el legado de la política económica socialista que ha inculcado modelos y expectativas completamente distintos a los vigentes en las economías de mercado. La lista de modelos y expectativas es interminable. Un resumen somero de la economía comunista sería que el Estado lo decide todo: qué fábrica hay que construir y qué es lo que tiene que producir, quién debe dirigirla, cuántos empleados deben trabajar en ella y cuánto se les debe pagar; el Estado fija el precio de todo lo que haya decidido que las fábricas deben producir. A cambio, la gente tiene garantizado un empleo que no está bien remunerado, por lo que carece de incentivo para esforzarse en su trabajo, y así sucesivamente. Al final, el Estado no está contento porque socialismo significa “quiebra”; pero le reconforta saber que controla el (inexistente) tribunal de quiebras.

Esta caricatura de la economía comunista no sólo pretende sugerir su deformidad sino también la peculiaridad de las tareas pendientes. No hay precedentes ni guías para cambios institucionales, ni sociales ni psicoló-

gicos, tan radicales como los requeridos. Como muchos han señalado, no hay libros de texto que expliquen qué medidas hay que adoptar para pasar de una economía comunista a una de mercado –cómo convertir una en la otra–. Tal vez sea más fácil erigir una economía de mercado desde el principio que construirla a partir de unas ruinas.

La conclusión es evidente. La omnipresente condición de atraso, la ausencia de una clase media empresarial fuerte y la ruina económica que el comunismo ha dejado tras de sí constituyen enormes obstáculos para la recuperación y el saneamiento de la economía. A falta de una cultura política más tolerante, las posibilidades de progreso económico son escasas; sin progreso económico, las posibilidades de que las nuevas democracias echen raíces son igualmente escasas.

Dado que en Europa central y del Este se había esperado que Estados Unidos hiciera mucho más para ayudar a la transición, ahora impera una gran decepción, una sensación de esperanza defraudada que se aproxima a una sensación de traición.

El cambio es notable porque durante mucho tiempo se creyó que Norteamérica no podía fallar. Después de todo, se mostró debidamente partidaria de la guerra de Hungría por su independencia de mediados del siglo XDÍ, fue generosa con los inmigrantes polacos que buscaron allí libertad y prosperidad a principios de este siglo, apoyó la justicia étnica en los Balcanes después de la Primera Guerra mundial, y actuó con determinación contra el fascismo durante la Segunda Guerra mundial y más tarde contra el comunismo. Por otra parte, los pueblos de Europa central y del Este siempre admiraron todo lo norteamericano, sobre todo la habilidad tecnológica de Estados Unidos. Los trabajadores industriales de la región oían que las fábricas norteamericanas eran ultramodernas, y los campesinos oían que la agricultura estaba muy avanzada. Los científicos creían que Norteamérica era el laboratorio más inventivo del mundo, el lugar donde los ganadores del Premio Nobel hacían sorprendentes descubrimientos. Los productos *Made in America*, desde coches que nunca habían conducido hasta cigarrillos que sólo rara vez habían fumado, eran sinónimo de alta calidad.

Estas ideas y sentimientos se vieron reforzados, sobre todo durante la primera fase de la guerra fría, por la postura anticomunista de Norteamérica. ¿Qué país intentó liberar a los países de Europa central y del Éste de la opresiva tiranía de Moscú? ¿Qué país plantó cara a la agresión comunista en Berlín y Corea? ¿Qué país defendió a Europa occidental frente a un potencial ataque militar violento, y quién financió Radio Europa Libre para que permaneciera viva la esperanza en la otra Europa? Para la mayoría de la gente de Europa central y del Este la ecuación

política era simple: como se sabía que los comunistas eran malos, los norteamericanos tenían que ser buenos. La manera de percibir a Estados Unidos empezó a reflejar ciertos matices de complejidad sólo después del asesinato del presidente Kennedy.

Ahora, al sentirse abandonada, la gente es más crítica, sus juicios son menos favorables hacia Estados Unidos. Una medida de su actual estado de ánimo la da el que los demagogos populistas puedan buscar la aprobación popular echándole la culpa a Norteamérica de algunas de las desgracias históricas de la región. Las insinuaciones de conspiración resucitan viejas cuestiones: ¿vendió el presidente Roosevelt Europa central y del Este a Stalin en la cumbre de Yalta de 1945? ¿Hizo saber Washington a Moscú durante la crisis húngara de 1956 que no apoyaba a los gobiernos hostiles al Kremlin en las proximidades de las fronteras soviéticas? ¿Envió el presidente Johnson un mensaje similar a Moscú durante la Primavera de Praga de 1968? Pero la última podría ser la peor: ¿se debe la actual indiferencia de Estados Unidos hacia la región a un pacto secreto entre Bush y Gorbachov sellado durante la cumbre de Malta de 1989, que confirmó la esfera de influencia de Moscú, tal y como se decidió en Yalta? ¡De Yalta a Malta!

Las teorías que hablan de conspiración son falsas, y la mayoría de la gente en Europa central y del Este lo sabe. Pero esa gente tiene muchos motivos para sentirse estafada. Dejando a un lado la inicial retórica norteamericana acerca de la liberación y la práctica de la oración durante la Semana de las Naciones Cautivas, sucesivas administraciones norteamericanas perdieron pocas oportunidades para desafiar a los dictadores comunistas y presionar a favor de un cambio y de los derechos humanos, declarando repetidamente que Europa debía ser otra vez “una y libre”. El único objetivo de la política exterior norteamericana era sustituir el “imperio del mal” por Estados democráticos, basándose en el supuesto de que la democracia era la mejor garantía para una paz duradera. Si el objetivo no era otro que generar tensión en el bloque y así poner a Moscú a la defensiva –una frecuente acusación comunista–, ¿cómo podían saberlo los pueblos de Europa central y del Este? Henry Kissinger lo expresó acertadamente: “Dice poco a favor de Occidente que, después de hablar de libertad para Europa del Este durante una generación, haga tan poco para defenderla”.

¿Qué podría hacer entonces Estados Unidos para responder a algunas de las expectativas de la región, cumplir sus propias obligaciones morales y mitigar algunos problemas de la transición?

— *Reconocer que la esperada proliferación de pequeñas guerras y conflictos en Europa exige una nueva manera de concebirla seguridad.*

Ahora está en juego la estabilidad de Europa del Este y del Oeste. Es un problema completamente distinto a la amenaza soviética para Europa occidental, aunque potencialmente igual de serio, porque la paz de Europa no es divisible. En la antigua Yugoslavia, la proliferación empezó con la separación casi pacífica de Eslovenia del resto de ese país, continuó con una guerra civil entre croatas y serbios y se convirtió en una pesadilla sangrienta en Bosnia-Herzegovina.

Esperemos que las hostilidades terminen aquí, pero lo más probable es que se extiendan a otras partes de la región. Entonces, cuando la ola de refugiados busque comida y refugio en el extranjero, será inevitable que diversos movimientos xenófobos y populistas cobren nueva fuerza y obtengan un renovado apoyo. ¿Podrían incluso lograr echar por tierra la tendencia hacia la integración y la unidad europeas, tendencia tan prometedora de la era de posguerra que Estados Unidos ha fomentado de manera tan persistente y generosa durante más de cuatro décadas? Con toda seguridad, la tarea más importante para la política exterior de Estados Unidos en la década de los noventa es impedir la balcanización de Europa.

— *Clarificar lo que Estados Unidos va a hacer y lo que no puede hacer.* Está claro que hay, y debe haber, límites para lo que Estados Unidos puede hacer. Aparte de fomentar la inversión privada y donar modestas sumas para objetivos específicos, no debería asumir la responsabilidad de la reconstrucción económica de la región. Estados Unidos debería concentrar casi toda su atención en los países con alguna importancia desde el punto de vista geopolítico y en aquellos con mejores perspectivas de llevar a cabo con éxito una transición hacia la democracia. Esto alude a los estados de Europa central situados entre Rusia y Alemania (Polonia, Hungría, y las regiones checas) y tal vez a Eslovenia. Estados Unidos debería presionar a la OTAN y animar a la Comunidad Europea para que acepten a estos países como miembros de pleno derecho –tan pronto como sea posible pero, en cualquier caso, antes de que concluya esta década–. Tanto la OTAN, que así recibe nuevas fuerzas, como la Comunidad Europea, deberían establecer una fecha para la incorporación de nuevos miembros, siempre que se cumplan todas sus condiciones para la adhesión.

— *Movilizar la inversión privada en Europa central y del Este.* Contrariamente a lo que suele pensarse ahora, un amplio programa de ayuda según el modelo del Plan Marshall no serviría de mucho. La privatización aún no ha ido lo bastante lejos como para que las economías de la región absorban grandes cantidades de fondos extranjeros. Lo que hace falta es inversión privada a pequeña escala, que es menos probable que vaya a ser

desaprovechada. Si la Casa Blanca y el Departamento de Comercio mantuvieran frecuentes consultas con los banqueros y los industriales norteamericanos, y les aconsejaran qué acuerdos comerciales resultarían ventajosos y cómo servir mejor a los intereses nacionales de Estados Unidos en Europa central y del Este, la cosa sería diferente. Si fuera políticamente estable, la región constituiría una mina de oro potencial para las empresas pequeñas y medianas norteamericanas. Por ejemplo, probablemente no haya ningún otro lugar en el mundo en el que tantas personas con estudios no puedan hacer buen uso de su aptitud y talento.

— *Practicar una diplomacia preventiva antes de que estalle el próximo conflicto.* En 1991, Washington se metió en acrobacias verbales al afirmar su preferencia por la “unidad y democracia” yugoslavas, una declaración que el líder serbio quiso interpretar como una luz verde para obligar a Croacia a permanecer dentro de una federación yugoslava unida. Hicieron falta once largos meses y decenas de miles de muertos para que Estados Unidos movilizara a la comunidad internacional. Incluso entonces, por razones que tienen que ver con la política interna norteamericana, la cuestión siguió presentándose como una preocupación “humanitaria” más que como una amenaza a la estabilidad europea. Si Estados Unidos hubiera hecho a mediados de 1991 tanto como está haciendo a mediados de 1992, es muy posible que se hubiera podido disuadir a los serbios de Belgrado y de Bosnia-Herzegovina de proceder como lo han hecho.

Por desgracia, las advertencias europeas y de las Naciones Unidas no han sido tenidas en cuenta a falta de iniciativas respaldadas por Estados Unidos. Incluso la apertura del aeropuerto de Sarajevo, aunque fuera provisional, se debió a la presencia de los barcos de guerra norteamericanos en el Adriático. Por consiguiente, la lección para la diplomacia norteamericana en los demás lugares de Europa central y del Este es definir con prontitud las preferencias de Estados Unidos y expresarlas de modo que no den lugar a equívocos y sin preocuparse por las acusaciones de interferencia en los asuntos internos de un país o de la región. Aunque, sin duda alguna, algunos políticos se sentirán molestos por esta interferencia, la mayoría la acogerá de buen grado.

Norteamérica, mientras celebra la derrota del comunismo y menosprecia los posibles peligros futuros, está volviéndose hacia dentro. Europa carece de liderazgo. Rusia, en medio del caos interno, se enfrenta a disturbios, tanto en su territorio como en los otros Estados sucesores de la antigua Unión Soviética. Desde las Naciones Unidas hasta la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación Europeas, hay otras organizaciones

internacionales comprometidas en definir su nuevo papel después de la guerra fría.

El ingrediente clave que falta es una presión interna en Estados Unidos a favor de un compromiso más activo en el futuro de la región. Esa presión falta porque la cuestión se define invariablemente, aunque erróneamente, en términos de nuevos gastos, y porque los intelectuales políticos norteamericanos que dan forma a la opinión pública han permanecido extrañamente silenciosos. ¿Dónde están los conservadores que solían hablar en nombre de las “naciones satélites”? ¿Dónde están los neoconservadores que intentaron hacer de la lucha contra el comunismo parte de la agenda liberal? ¿Dónde está toda la comunidad liberal con su insistencia en una política exterior prodemocrática? Con el debido respeto a algunas notables excepciones, el silencio de los intelectuales políticos norteamericanos es ensordecedor. Pero, a falta de un esfuerzo internacional dirigido por Norteamérica, puede que la Europa poscomunista no llegue más allá de las puertas de la tierra prometida.

Notas

¹ Kazimierz Brandys, *A Warsaw Diary, 1978-1981*, Nueva York: Random House, 1983, pág. 152.

² Václav Havel, *Discurso de Año Nuevo*, Uncaptive Minds, enero-febrero 1990, pág.2.

³ Cf. Joseph Rothschild, *East Central Europe between the Two World Wars*, Seattle y Londres: University of Washington Press, 1974, pág. 155.

⁴ Citado en Norman Davies, *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-1920*, Londres: MacDonald, 1972, pág. 105.